

provincia que le enviase trescientas lanzas, á las cuales, en vez de las dos puntas de cortante pedernal, les pusiesen de cobre, metal que abundaba en Chinantla. Las nuevas lanzas con que el jefe español pensaba resistir á la caballería, debía llevarlas Tovilla á un pueblo situado en el camino por donde debía marchar Cortés con su ejército. También se le pedia al gobernante de la provincia, dos mil hombres de guerra, que debían esperar en el mismo punto.

No pedia el caudillo castellano esa gente porque pensase batir con ella á las tropas de Narvaez. Estaba muy lejos de él ese pensamiento. Lo hacia para que su rival se inclinase á entrar en un arreglo, viendo que Cortés no solamente contaba con sus soldados, sino que podia levantar al país entero en su favor, en caso de romperse las hostilidades. Con el mismo objeto suplicó al Senado de Tlaxcala que le tuviese dispuestos cuatro mil hombres.

El general español habia enviado, como queda dicho en otro capítulo, una fuerza de ciento cincuenta soldados, al mando del capitán Juan Velazquez de Leon, á establecer una colonia en Goatzacoalco. Formando, por decirlo así, aquella tropa la mitad de su ejército, despachó un mensajero al expresado oficial, diciéndole que abandonase el punto y se dirigiese á Cholula, donde se reunirían.

Era Juan Velazquez de Leon pariente del gobernador de Cuba, y persona de alta importancia por su posición social y por sus recomendables cualidades como militar. Pánfilo de Narvaez, tratando de dejar reducido á la impotencia á Cortés, le habia escrito una carta desde los primeros dias que desembarcó, suplicándole, en nombre de su pariente Diego Velazquez, que abandonase las filas del re-

belde jefe que les habia engañado, y diciéndole que pasase á las suyas, donde hallaria las recompensas á que era acreedor por su nacimiento, por su mérito y por su valor.

Narvaez no dudó que conseguiria atraer con su invitación al valiente capitán. Sabia, por los tres soldados que se le habian presentado al desembarcar, que era uno de los que habian conspirado contra Cortés cuando el Ayuntamiento de Veracruz nombró á éste capitán general y justicia mayor de la villa. Estaba igualmente informado de que por ese motivo fué conducido preso á uno de los buques por orden del mismo Cortés, que mandó ponerle grillos; y sabia que entonces se manifestó celoso de los derechos del gobernador de Cuba. Se lisonjeaba que el parentesco con uno y el resentimiento hácia el otro, darian el resultado que esperaba. Pero se equivocó. Juan Velazquez de Leon habia olvidado su resentimiento contra Cortés, desde que conoció la rectitud con que obraba. Mejor dicho, aquel resentimiento no habia existido. Habia sido reducido á prision porque conspiró contra un hombre mientras dudó de la rectitud de sus obras, pero se adhirió á él con la lealtad del verdadero caballero, al ver en él un ardiente servidor del rey y de la religion, y un jefe digno de la estimación de todos. Hernán Cortés, noble en sus sentimientos y justo apreciador del mérito, le habia distinguido siempre; le habia dado pruebas inequívocas de su amistad; le habia tratado con las mas altas consideraciones, y habia puesto, por último, en sus manos, la mitad del ejército, confiándole la formación de una colonia. Juan Velazquez de Leon, veia, como hombre de levantados sentimientos, sobre el parentesco, el deber; sobre los ofreci-

mientos, la lealtad; sobre el interés personal, los intereses de la patria. Contestó en consecuencia, dando las gracias á Pánfilo de Narvaez por sus lisonjeras ofertas; pero manifestando que no podia admitirlas. Pundonoroso y noble, envió la carta á Hernan Cortés, para que supiese lo que pasaba, y pocos dias despues se puso en marcha con su gente hácia la capital de Méjico (1). El mensajero de Cortés le encontró en el camino, y en virtud de la órden recibida del general, se dirigió á Cholula para esperarle allí.

Desde que el caudillo español y sus capitanes resolvieron marchar al encuentro de Narvaez, se trabajó sin descanso en hacer algunas obras de fortificacion en los cuarteles españoles, para que la guarnicion que iba á quedar en ellos cuidando de Moctezuma pudiera defenderse en caso de ser atacada por los mejicanos. Hernan Cortés confió el mando de la fuerza que quedaba, y ascendia á ciento cuarenta hombres, á Pedro de Alvarado, oficial de grandes prendas militares, de extraordinario valor, fiel amigo suyo, de cuya lealtad no podia dudar, y persona á la vez á quien el emperador azteca miraba con particular predileccion.

(1) «Y me envió una carta que el dicho Narvaez le habia enviado con un indio, como á pariente del dicho Diego Velazquez y cuñado del dicho Narvaez, en que por ella le decia cómo de aquellos mensajeros míos habia sabido que estaba allí con aquella gente, y que luego se fuese con ella á él, porque en ello haria lo que cumplia y lo que era obligado á deudos, y que bien creia que yo le tenia por fuerza, y otras cosas que el dicho Narvaez le escribia. El cual dicho capitan como mas obligado al servicio de V. M. no solo dejó de aceptar lo que el dicho Narvaez por su letra le decia, mas aun luego se partió, despues de me haber enviado la carta, para se venir á juntar conmigo con toda la gente que tenia.»—Segunda carta de Cortés á Carlos V.

Le suplicó muy encarecidamente que se continuase teniendo con el emperador azteca las consideraciones debidas á su elevado rango. Tambien le recomendó que respétase los usos y costumbres de los habitantes, pues dar algun paso opuesto, seria exponerse á ser atacado por el pueblo entero. Estribando la seguridad de todos en la permanencia de Moctezuma en los cuarteles españoles, le dijo que vigilase mucho para evitar que se ausentase de sus habitaciones. No le recomendó menos el cuidado del valiente Cacamatzin, destronado rey de Texcoco, y de los demás personajes que se habian adherido á él cuando trató de dar el grito de guerra. Por lo que hacia á Cuitlahua, señor de Iztapalapan y hermano de Moctezuma, á quien habia puesto en libertad hacia algunos dias, porque no apareció culpable, le encargó que mantuviese con él la mayor armonía. Previsor en todo, mandó traer de Tlaxcala gran cantidad de maíz y de aves, á fin de que estuviesen los cuarteles provistos de víveres en caso de un conflicto.

Comprendiendo que de la rapidez en la marcha dependia el éxito de la empresa que acometia, dejó toda la artillería y municiones á la guarnicion, y marchó á despedirse de Moctezuma, acompañado de varios capitanes.

El emperador azteca habia notado desde el dia que mostró á Cortés el lienzo en que estaban pintados los buques de Narvaez, el desasosiego y agitacion de los españoles. Aunque los gobernadores de los puntos próximos al campamento del nuevo general, le habian indicado las señales de hostilidad que habian advertido entre ambos ejércitos, no tenia una certeza de ello. Deseando descu-

brir la verdad, preguntó al paje Orteguilla la causa de la inquietud y movimiento que reinaba en los castellanos, y por ese medio supo claramente el objeto de la expedición de Narvaez.

Se ha dicho, por algunos escritores, que Pánfilo de Narvaez, al pisar las playas del país, había enviado un mensaje á Moctezuma, diciéndole que llegaba comisionado por su rey para castigar á Hernan Cortés y volverle la libertad. Desde ese momento, al decir de los mismos, el emperador azteca le envió grandes regalos, y se estableció entre los dos una correspondencia activa, por medio de correos que cruzaban de Cempoala á Méjico y de esta capital al campamento del jefe enviado por Diego Velazquez. Pero no es verosímil que haya existido comunicacion ninguna entre el soberano de Méjico y el jefe de la nueva expedición. Narvaez no tenia intérprete ninguno que pudiese explicar á los mejicanos el objeto de su empresa.

El mismo Hernan Cortés, á pesar de hallarse hacia mucho tiempo en el país, necesitaba de Marina y de Gerónimo de Aguilar para tratar sus negocios con los aztecas. No habia otra persona que pudiese servir de intérprete. No existia ni un solo mejicano que comprendiese el español, ni un solo español que poseyese el azteca. Únicamente el paje Orteguilla entendia lo muy preciso y se hacia comprender algo. Pero ni Marina, ni Gerónimo de Aguilar, ni el paje Orteguilla podian haber referido á Moctezuma lo que no les habia comunicado ni encargado Pánfilo de Narvaez. No se habian presentado en Méjico de parte del jefe de la nueva armada mas que el cura Gue-

vara, el escribano Vergara y un pariente del gobernador de Cuba llamado Amaya. Pero éstos jamás hablaron á Moctezuma, pues ignoraban el idioma, y además se habian declarado amigos de Hernan Cortés.

Los mejicanos habian traslucido la rivalidad de los dos ejércitos por la conducta observada entre los jefes españoles. Habian visto mantenerse separados unos de otros; enviar una embajada á Sandoval, y conducirla presa á Méjico, custodiada por soldados de la Villa Rica, y enviada á toda prisa en hombros de los indios.

No existe prueba ninguna de esas confianzas establecidas entre Narvaez y Moctezuma. Tampoco los regalos enviados al nuevo jefe español arguyen que tuvieran relaciones amistosas. Los regalos no habian sido enviados por el monarca mejicano, sino por los gobernadores que tenian orden de obsequiar á los hombres blancos que llegasen, juzgándolos compañeros de los que estaban en el país. Esos presentes eran además una costumbre establecida en aquellas provincias, que se hacian como prueba de aprecio y de respeto.

Cuando se presentó Hernan Cortés con sus oficiales al monarca azteca para despedirse de él, se admiró Moctezuma de su resolucion. Sabia, por el paje Orteguilla, que marchaba á campaña; y al ver la corta fuerza con que contaba, no pudo menos que maravillarse de su arrojo. Estaba informado de la mucha gente que tenia su rival, de su buena caballería, de la abundancia de municiones, de su mayor artillería, así como del buen armamento de los soldados, y juzgó temeridad que se dirigiese al encuentro de sus enemigos. El emperador

azteca profesaba un verdadero afecto de cariño al caudillo español, y sentía verle expuesto á perecer.

Nada le habia dicho Cortés respecto del motivo que le obligaba á salir. Creyó que era prudente ocultarle la desunion de los dos ejércitos, para no desconceptuar la empresa con perjuicio de los intereses del rey y de la religion, y se propuso marchar sin comunicarle la causa. Moctezuma, sin embargo, quiso manifestarle que sabia el objeto de su marcha. Veia en el país dos generales y dos ejércitos de una misma nacion. Uno de los generales, Cortés, se habia presentado como embajador del soberano de Castilla; ante él habia jurado vasallaje á la corona de España. El otro general, Pánfilo de Narvaez, acababa de llegar asegurando que él era el verdadero embajador, y amenazando castigar al primero como desleal á su rey. El monarca azteca intentó descubrir algo de la verdad, dirigiendo algunas palabras relativas al objeto de la partida. Le dijo que habia notado hacia algunos dias, bastante agitacion en los soldados y preparativos de viaje. Al verles así, habia juzgado que los buques llegados á la costa les esperaban. Pero ahora estoy persuadido, agregó, de que han venido con distinto objeto. Añadió entonces, que estaba informado del objeto de la nueva expedicion; los recién llegados eran compatriotas; tenian la misma religion; servian á un mismo soberano, y sin embargo, eran enemigos. Esto le sorprendia, y anhelaba la explicacion de aquel misterio, para saber la conducta que debian observar sus gobernadores con Narvaez y su ejército.

El caudillo español le contestó que, con efecto, los recién llegados eran compatriotas suyos; cristianos como él,

y vasallos de un mismo soberano. Pero iban engañados por su general, quien, separándose de las instrucciones que tenia, llegaba á presentarse como embajador, sin haber podido entregarle el nombramiento del monarca, que le habia exigido. «Mi obligacion, por lo mismo, terminó diciendo Cortés, es marchar para castigarle severamente por su impostura». Le advirtió Moctezuma que llevaba poca gente para luchar contra su contrario, que tenia triplicadas fuerzas. El caudillo español le contestó que los que combaten contra su rey nunca luchan con el ardor de los leales servidores del monarca. La respuesta halagó al soberano azteca, y le ofreció cinco mil de sus guerreros, como auxiliares y aliados. Hernan Cortés agradeció el ofrecimiento, pero no lo admitió, mas en mi concepto para persuadir que le acompañaba la justicia, que por falta de confianza en la lealtad de ellos, como algunos han supuesto.

El ofrecimiento del monarca azteca arguye en contra de las relaciones supuestas entre Moctezuma y Narvaez. Si el primero esperaba el favor del segundo, al dar los cinco mil guerreros, perdía su proteccion y se atraía su odio. Ni aun le quedaba, en caso de ser derrotado Cortés, la disculpa de que habia tratado de que le hostilizasen en momento oportuno. Para ayudar al jefe enviado por el gobernador de Cuba, pudo haberlo hecho reuniendo aquellas tropas á sus demás ejércitos, y á los habitantes de la capital, atacando á Cortés en sus cuarteles, impidiendo su salida. Entonces Narvaez hubiera ido sobre Méjico, y la ruina de su rival era segura.

Pero nada, en mi concepto, estaba mas lejos del pen-

samiento de Moctezuma, que la correspondencia que se le ha querido atribuir con Narvaez. Si hubieran existido esas relaciones, no las hubiera llamado Hernan Cortés en sus cartas al emperador; pero lejos el caudillo español de creerlo así, refiere á su monarca los ofrecimientos del soberano azteca como sinceros (1).

El caudillo español, despues de haber manifestado á Moctezuma su determinacion de ir á castigar al rebelde general, le dijo que su ausencia seria corta. Agregó que allí le dejaba, ocupando su lugar y para servirle en todo, al capitan *Tonatiuh, el sol*, como era conocido entre los mejicanos Pedro de Alvarado. Le suplicó que continuase favoreciendo con su proteccion á los españoles que allí dejaba. Luego, cuidadoso del respeto á la religion católica, le recomendó que no permitiese desacato ninguno contra la cruz y la imágen de la Virgen, colocadas en el gran *teocalli*, y terminó diciendo, que el monarca de Castilla sabria corresponder á sus repetidos actos de lealtad.

Moctezuma le hizo nuevas protestas de fidelidad, y ofreció obsequiar cumplidamente sus deseos.

(1) «El me prometió (Moctezuma) de los hacer proveer de todo lo necesario (á los soldados que dejaba Cortés) y guardar mucho de todo lo que allí le dejaba puesto para V. M., y que aquellos suyos, que iban conmigo (varios nobles aztecas que quisieron acompañar á Cortés) me llevarian por camino que no saliese de su tierra, y me harian proveer en él de todo lo que hubiesen menester, y que me rogaba, si aquella fuese gente mala (Narvaez y los suyos) que se le ficiere saber, porque luego proveeria de mucha gente de guerra, para que fuesen á pelear con ellos y echarlos fuera de la tierra. Lo cual yo todo se lo agradeci». — Segunda carta de Cortés á Carlos V.

Hernan Cortés abrazó dos veces al monarca azteca, y en seguida marchó á disponer su marcha, que debia verificarse á los pocos momentos.

Confiado en que el altar y la imágen que dejaba en el templo serian respetados, retiró al soldado que hasta entonces habia cuidado de ellos, y lo unió á la guarnicion que cuidaba en los cuarteles.